



Vendida

PATRICIA MCCORMICK



GRAN
ANGULAR

Vendida

PATRICIA McCORMICK



Primera edición: septiembre de 2007
Segunda edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

Título original: *Sold*
Traducción: Xohana Bastida

© Patricia McCormick, 2006
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9349-5
Depósito legal: M-4790-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Paul.

UN TEJADO DE CHAPA

–Una estación lluviosa más y nos quedaremos sin tejado –dice Ama.

Mi madre está subida en una escalera de troncos, examinando la cubierta vegetal de nuestra casa. Yo estoy de pie en el suelo, dándole prendas de ropa recién lavadas para que las ponga a secar al sol de la tarde. No se ve ninguna nube. No va a haber lluvia, ni una gota de lluvia en muchas semanas.

Pero no sirve de nada decírselo a Ama. Contempla la ladera del monte, los arrozales en terraza que descienden como escalones hasta la aldea de abajo. Contempla los resplandecientes tejados de chapa de los vecinos, y ellos parecen devolverle la mirada con un guiño cruel.

Un tejado de chapa significa que la familia tiene un hijo que trabaja en el horno de ladrillos de la ciudad. Un tejado de chapa significa que, cuando vienen las lluvias, el fuego no se apaga y los niños no enferman.

–Déjame ir a la ciudad –le digo–. Puedo trabajar para una familia rica, como Gita, y mandarte el dinero que gane.

Ama me acaricia la mejilla y siento el roce de su palma callosa, áspera como la lengua de una cabra recién nacida.

–Lakshmi, hija mía –dice–. Tienes que seguir yendo a la escuela, diga lo que diga tu padrastro.

Me gustaría decirle que, últimamente, mi padrastro me mira con los mismos ojos con que mira los pepinos que estoy cultivando frente a nuestra casa. Los observa, sacude la ceniza de su cigarrillo y entorna los ojos.

–Más te valdría venderlos para sacar un dinero –dice siempre.

Cuando los mira, lo que ve son cigarrillos, cerveza de arroz, un chaleco nuevo.

Yo veo un tejado de chapa.

ANTES DE QUE GITA SE FUERA

Dibujábamos rayuelas en el camino de tierra que iba de su casa a la mía y jugábamos saltando a la pata coja. Nos cepillábamos el pelo la una a la otra, cien pasadas cada vez, e imaginábamos nombres para los hijos y las hijas que íbamos a tener. Nos tapábamos la nariz cuando pasaba a nuestro lado la mujer del jefe de la aldea, recordando el día en que había soltado un cuesco mientras caminaba toda ufana hacia la fuente.

Frotábamos la muesca del pupitre para darnos suerte antes de recitar las lecciones en la escuela. Nos tirábamos puñados de barro en las largas tardes que pasábamos encorvadas en los arrozales, y una vez lloramos de risa cuando Gita le dio sin querer a su orgullosa hermana mayor en la coronilla.

Y en el otoño, cuando los rebaños de cabras bajaban a la aldea tras pasar el verano en las praderas del Himalaya, nos escondíamos entre los carrizos para espiar a Krishna, el chico de ojos gatunos y soñolientos con el que estoy prometida.

Ahora que Gita se ha marchado a la ciudad para trabajar de criada en casa de una señora rica, su familia tiene un pequeño sol de cristal que cuelga de un cable en mitad del techo de su casa, un juego nuevo de cacerolas para su madre, unas gafas para su padre, un vestido de novia de brocado para su hermana mayor y dinero para pagar la escuela de su hermano pequeño todos los meses.

En casa de Gita es de día hasta cuando es de noche. Pero a mí me parece que es de noche incluso cuando el sol está en lo más alto, porque ya no tengo a mi amiga.

LA NUEVA ALUMNA

Cada mañana, mientras hago mis tareas –escurrir el agua del arroz, moler las especias, barrer el patio–, Tali, mi cabrita blanca y negra, me sigue sin despegarse de mí.

–Qué cabra más boba –dice Ama–. Cree que eres su madre.

Tali frota la cabeza contra la palma de mi mano y bala como diciendo que está de acuerdo. Así que le enseño todo lo que sé.

Froto el piso de tierra endurecida con un trapo empapado en agua de estiércol y le digo: «Esto mantendrá la casa fresca y alejará a los malos espíritus». Le enseño cómo amarro una vasija llena de agua a la cesta que llevo a la espalda y cómo subo por el camino empinado que va de la fuente a mi casa sin derramar ni una gota. Y cuando me froto los dientes con una ramita de árbol nim, Tali me imita y mastica otra ramita, tan solemnemente como lo haría un monje.

Cuando llega la hora de ir a la escuela, le preparo a Tali una cama de paja en un rincón soleado del porche. Luego le doy un beso entre las orejas y le digo que estaré de vuelta a la hora de comer.

Ella mete su hocico rosado en el bolsillo de mi falda, en busca de algún grano de arroz que se haya quedado entre los dobleces, y luego escarba en la paja y se tumba para dormir la siesta, convertida en un montoncito de huesos y piel.

–Qué animal tan raro –dice Ama siempre–. Piensa que es una persona.

Debe de tener razón, porque un día de la semana pasada, mientras estaba en clase, oí el tintineo de una campanilla, y cuando levanté la mirada vi que mi cabrita manchada daba vueltas por el patio de la escuela balando de angustia.

Cuando por fin me vio al otro lado de la ventana, pegó un baido de indignación: estaba ofendida por no haber podido ir con-

migo a la escuela. Atravesó el patio trotando, apoyó las pezuñas en el alféizar y se quedó mirando con curiosidad y atención cómo la profesora acababa de dar la clase.

Cuando acabó la mañana y las dos emprendimos la subida hacia casa, Tali echó a trotar alegremente delante de mí con su chata cola muy alta.

—La semana que viene empezaré a enseñarte las letras —le prometí.